Contra amarguras, dulzuras
Autor: Manolo Campa

Había tenido un día complicado en el trabajo. Maltrecho ansiaba llegar a casa para olvidar mis amarguras disfrutando la cálida acogida de los míos: los mimos de mi esposa, los besos de los hijos, el afectuoso menear del rabo de mi perra… el saludo indiferente de mi suegra.

Llego a mi hogar… al "dulce hogar" de mis ilusiones. Lo primero que hago es dirigirme a la cocina donde mi esposa está dándole los toques finales a la comida. Destapo las cazuelas para enterarme del menú, y después, le doy un beso a mi mujer que impasible sigue lavando unas uvas.

En el camino hacia mi cuarto saludo a mis dos hijas mayores que están concentradas en la tarea del colegio sin percatarse de mí. Delante del televisor, embobados mirando un programa para niños, forman un círculo los dos varones, la menor de las niñas, mi suegra y la perra. Saludo a todos al pasar… solamente la perra levanta la cabeza, me mira con cariño… y sigue echada al lado de los muchachos.

El recibimiento no fue tal como yo esperaba, pero al encontrarme en casa junto a los míos, me sentí aliviado de las contrariedades de una jornada llena de complicaciones. Pensé terminar de relajarme dándome una ducha tibia. Pensé mal: el agua tibia brillaba por su ausencia, la habían consumido los que se habían bañado antes. Mi baño fue a gusto de oso polar, el agua estaba helada. Salí de la ducha temblando y morado como un capirote de nazareno.

Un caldo gallego en la comida me devolvió el alma al cuerpo. En la sobremesa, como es su costumbre, mi suegra, "la primera con las últimas", me abrumó con sus reportajes sobre los sucesos del día en casa, en la cuadra, y con otros partes recibidos de sus amigas, sus corresponsales a través del hilo telefónico.

Al levantarnos de la mesa, invariablemente, se forma la bronca entre los muchachos porque nadie quiere recoger los platos y ayudar a fregarlos. Sigilosamente me escabullo para no tener que hacerlo yo. En estas alteraciones del orden doméstico no intervengo… mi mujer, "el poder femenino", impone la disciplina.

Sintiéndome ya sosegado y tranquilo, me dispongo a redactar este artículo. Durante un buen rato pienso sobre qué voy a escribir. Las ideas no aparecen, se demoran en llegar… Llegan y cuando he escrito los dos primeros renglones, empiezan las interrupciones: Alguien querido nos enseña un dibujo que hizo sin ayuda, y que firma con su nombre y sin apellido.

Ordeno de nuevo las ideas, escribo tres palabras y una coma… y "stop": Tengo que ser juez y dictar sentencia en una discrepancia entre mi mujer y la autora de sus días sobre el uso de la olla a presión. La madre de mi esposa le tiene respeto a ese tipo de olla. La convenzo haciéndole ver el alto costo de la electricidad y la economía que se logra utilizando el artefacto que cuece los alimentos rápidamente.

Regreso a mi artículo. Escribo el primer párrafo, un poquito del segundo… y de pronto, una voz imperativa, me dice: Cuando termines “eso”, ve a buscar un galón de leche. Me molesta recibir órdenes terminantes, sin recurso de apelación. Y referirse a este escrito como “eso”, es una manera desdeñosa de calificar lo que tanto trabajo me estaba costando hacer.

Como es nuestra vida en el exilio, es la de la mayoría de los exiliados: familias grandes viviendo en casas pequeñas. Los esposos trabajando ambos para salir adelante. Las heroínas del hogar, las esposas, trabajan en un empleo y cuando llegan a la casa, continúan haciéndolo en la cocina y en otros menesteres. Los abuelos dan una importante ayuda cuidando a los nietos mientras los padres trajinan. Los niños estudian, hacen ejercicios, progresan física e intelectualmente.

No hemos olvidado aquellos momentos en nuestra patria, en que, ante el temor de ver a nuestros hijos convertidos en pioneros en las guarderías del gobierno, por el bien de ellos, decidíamos marcharnos de allí.

Hoy damos gracias a Dios porque los tenemos a nuestro lado, recibiendo una educación cristiana que los hará hombres y mujeres de bien… porque pudimos evitar que los adoctrinaran para hacerlos “como el Che”.

También agradecidos Le alabamos porque, aunque estemos ganando el sustento en una ocupación que dista de la nuestra, podemos vivir con decoro, con decencia… con estrechez pero libres… sin tener que recitar y cumplir consignas revolucionarias.